

Gordon R. Dickson
**La Torre
Abominable**



Jim Eckert era un dragón. No es que él lo hubiera querido así, pero eso fue lo que le sucedió cuando partió para rescatar a su prometida. Al ir en pos de ella a través de una inestable máquina de proyección astral, Jim se encontró de pronto en un mundo disparatado... atrapado en el cuerpo de un dragón que hablaba y que respondía al nombre de Gorbash. No habría estado tan mal si su querida Angie también se hubiera convertido en un dragón. Pero en aquel mundo mágico, Angie seguía siendo una mujer... o una jorge, que es como los dragones llaman a los humanos. Y Jim, lo llamaran como lo llamaran, era un dragón. Para acabar de empeorar las cosas, un dragón malvado había hecho prisionera a Angie quien ahora estaba encerrada en la inexpugnable torre abominable. De manera que, en un mundo donde los jorges eran comestibles y las bestias tenían poderes mágicos, donde funcionaban los hechizos pero no la lógica, Jim Eckert tenía un problema, y necesitaba ayuda, ¡por San Jorge!

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La torre abominable](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Sobre el autor](#)

Notas

Este libro es para Bela de Eastmarch, quien, en su día, conoció algún que otro dragón.

1

A las diez y media en punto, Jim Eckert se detuvo frente al edificio Stoddard del campus del Centro Universitario Riveroak, donde Grottwold Weinar Hansen tenía su laboratorio.

Como era de prever, tampoco esa vez Angie Farrell estaba esperándolo en la acera.

Era una cálida y luminosa mañana de septiembre.

Jim permaneció sentado en el coche, tratando de refrenar su mal humor. Seguro que Angie no tenía la culpa. Ese idiota de Grottwold habría inventado sin duda algo para mantenerla trabajando más de la cuenta pese a que sabía perfectamente que ella y Jim iban a ir a ver una casa en alquiler esa mañana... o quizá justamente por saberlo. Era difícil no enfadarse con alguien como Grottwold, que, no contento con ser un inútil, había realizado continuados intentos de quitarle a Angie y quedársela para él.

Una de las dos grandes puertas de la fachada principal del Stoddard Hall se abrió para dar paso a alguien. Pero no era Angie, sino un fornido joven de poblados cabellos y bigote pelirrojos que llevaba en la mano una abultada cartera. Al ver a Jim en el coche, se acercó a él y se acodó en la ventana abierta del asiento delantero contiguo a la acera.

—¿Esperando a Angie? —preguntó.

—En efecto, Danny —confirmó Jim—. Supuestamente tenía que encontrarse conmigo aquí, pero por lo visto Grottwold la retiene todavía.

—Es muy propio de él. —Danny Cerdak era profesor adjunto del Departamento de Física y, con Jim, el único jugador de voleibol de primera categoría del campus—. ¿Vais a ir a ver la caravana de Cheryl?

—Si es que Angie queda libre a tiempo —respondió Jim.

—Oh, seguramente saldrá de un momento a otro. Oye, ¿queréis venir los dos a mi apartamento mañana por la noche después del partido? Nada especial; solo *pizza* y *cerveza* y unos cuantos del equipo con sus mujeres y demás.

—Me parece perfecto —dijo sombríamente Jim—, si Shorles no me manda más trabajo a última hora. Gracias de todos modos y descuida: iremos si podemos.

—De acuerdo. —Danny enderezó el cuerpo—. Entonces nos vemos mañana en el partido.

Luego se alejó, y Jim retomó el hilo de sus pensamientos.

Se recordó que los dictados de la madurez le exigían no perder el control emocional por algo así, aunque debería darse prisa para ir al parque de caravanas, volver y comer antes de que Angie tuviera que incorporarse de nuevo a su trabajo a tiempo parcial como ayudante de laboratorio de Grottwold. No tenía que perder de vista que la frustración formaba parte de la vida. Debía aprender a vivir con el peso de la dependencia de directores de departamento egoístas, sueldos insuficientes y una economía que estaba restringiendo los fondos del Centro Universitario Riveroak, al igual que el resto de centros de educación, hasta el punto de que parecía que lo único que cabía hacer con un doctorado en historia medieval era utilizar el título para lustrarse los zapatos antes de ir a solicitar un puesto como peón...

Advirtiendo que, lejos de calmarlo, aquel repaso de situaciones que había de soportar lo había llevado a crisar los puños en torno al viejo volante del coche, que se empezaba a doblar, Jim cortó en seco el curso de sus pensamientos. El Gorp no estaba en condiciones de aguantar un

trato violento. Para tratarse de un Fiat de diez años, era un pequeño coche fiable, pero nadie podía decir sinceramente que estuviera en buen estado. Por otro lado, como era común en muchos jugadores de voleibol de primera, la «carrocería» de Jim sí estaba en condiciones idóneas para llevar a cabo una venganza. Si bien no acababa de llegar al metro ochenta de altura, incluso los profesionales solían equivocarse en nueve o diez kilos de menos al calcular a simple vista su peso, que en realidad era de noventa y cuatro kilos, en su mayoría deudores de la osamenta y de la apretada musculatura. Por desgracia, aquel tipo de maquinaria física, agregado a la instintiva tendencia a reaccionar inmediatamente ante un desafío —muy útiles en las canchas de voleibol con adversarios del calibre de aquellos con los que Jim venía enfrentándose en torneos desde hacía varios años, pero quizá no tanto en lo que a relaciones sociales se refería—, le daba pie a pensar que tenía fundados motivos para estar preocupado por sí mismo.

Si algo tenía que agradecerle al cielo era tener a Angie a su lado. Lo más extraordinario de ella era su capacidad para lograr concesiones de las personas sin enojarse lo más mínimo con ellas, en situaciones en las que Jim habría jurado que estas estaban buscando conscientemente pelea. La manera como lo lograba era un misterio para Jim.

Hasta donde alcanzaba su percepción, lo único que ella hacía era explicar las cosas con imperturbable tono amistoso y entonces, sin más, la otra persona abandonaba al punto su actitud hostil y adoptaba una posición de afable colaboración. Angie era realmente bastante especial; sobre todo para la gente insignificante. No había más que ver la forma como manejaba a Grottwold...

Jim adquirió de repente conciencia del tiempo transcurrido mientras permanecía sumido en tales reflexiones. Miró el reloj y torció el gesto. Eran casi las once menos cuarto. Aquello era demasiado. Si Grottwold no tenía el buen juicio

de dejarla marcharse, a esas alturas Angie debería haber abandonado el trabajo prescindiendo de lo que él dijera.

Abrió la puerta del coche y, justo cuando salía, una de las dos grandes puertas dio paso a Angie, que bajó corriendo los escalones sin detenerse mientras se ponía el abrigo marrón claro. Sus ojos castaños estaban brillantes y las mejillas, sonrosadas por la prisa.

—Aquí estás por fin —dijo Jim, al tiempo que volvía a entrar.

—Lo siento. —Angie tomó asiento en el Gorp y cerró la puerta—. Grottwold está muy entusiasmado. Piensa que dentro de poco podrá demostrar que es factible la proyección astral...

—¿Qué proyección?

Jim puso en marcha el motor del Gorp y se alejó de la acera.

—La proyección astral. La liberación del espíritu que permite que este se desplace fuera del cuerpo. Lo que, junto a los resultados que viene obteniendo con la introducción de datos en el circuito de retroalimentación biológica para reproducir determinados estados de ensoñación...

—¿No estarás dejando que experimente contigo? Creía que habíamos dejado sentada esta cuestión.

—No te enfades ahora —le pidió Angie—. No estoy dejando que experimente conmigo, sino ayudándolo con sus experimentos. No te preocupes, que no va a hipnotizarme ni nada por el estilo.

—Ya lo intentó una vez.

Jim abandonó el recinto universitario por West Street y giró por la vía de entrada de la autopista 5.

—Solo lo intentó y acuérdate de que fuiste tú el que me hipnotizó... después de que él te enseñó cómo hacerlo.

—Sea como fuere, no tienes por qué permitir que alguien vuelva a hipnotizarte. Ni yo, ni Hansen ni nadie.

—Desde luego —acordó Angie con afabilidad.

Ya estaba otra vez aplicando sus tácticas, exactamente tal como había estado rememorándolo antes, se dijo Jim. Ahora era él a quien acababa de dejar sin argumentos. Se habían acabado de improviso los motivos para prolongar la discusión y hasta se preguntaba si verdaderamente los había tenido para iniciarla. Asimismo, se sentía culpable por haberse irritado por algo que probablemente no tenía, de entrada, tanta importancia.

—Bueno —dijo, dejando la autopista en la salida que conducía al parque de caravanas del que le había hablado Danny Cerdak—, si nos alquilan esta caravana al precio que dijo Danny, podemos casarnos y quizá viviendo juntos podamos economizar de forma que no tengas que trabajar para Grottwold además de hacer de profesora adjunta de inglés.

—Jim —refrenó su entusiasmo Angie—, sabes bien que eso no es posible.

—Sí podríamos.

—No, no podríamos. La única razón por la que la cooperativa puede salir adelante cobrándonos ciento veinte dólares por persona al mes por comida y alojamiento es porque cocina su bazofia en grandes cantidades y nos instala en dormitorios con literas. Cualquier vivienda que ocupemos por nuestra cuenta va a disparar nuestros gastos y no al revés. Yo no puedo preparar comidas a coste tan bajo como los de la cooperativa. No, no puedo dejar de trabajar con Grottwold. Pero, si tuviéramos un hogar propio, al menos sentiríamos que el esfuerzo merece la pena. De acuerdo, tenemos que conseguir una vivienda para los dos, pero no nos engañemos respecto a las consecuencias económicas que eso pueda traer.

—Los primeros meses podríamos vivir un poco así al estilo de acampada en la nueva vivienda.

—¿Sí, y cómo? Para cocinar y comer, necesitamos utensilios, y una mesa para comer.

También necesitamos otra mesa para poder corregir exámenes y preparar las clases de la facultad. Y sillas. Necesitamos como mínimo un colchón para dormir, y algo parecido a un armario para la ropa que no podamos colgar...

—Tienes razón. En ese caso buscaré un trabajo complementario.

—No, de ningún modo. Yo tuve que dejar pendiente mi tesis. Tú vas a seguir escribiendo artículos para revistas académicas hasta que publiques algo. ¡Veremos entonces si Shorles continúa sin darte esa plaza de auxiliar!

—Al diablo —dijo Jim—. De todas formas lo más seguro es que no me publiquen nada.

—¡Espero que no hables en serio! —Por una vez, Angie dejaba entrever un asomo de ira.

—Bueno, no del todo —reconoció Jim, algo avergonzado—. La verdad es que esta mañana, antes de ir a clase, tenía buenas perspectivas con respecto a este último artículo.

Al profesor Thibault Shorles, director del Departamento de Historia, le agradaba que todos los profesores adjuntos que dependían de él asistieran a todas sus clases, además de realizar el trabajo habitual de corrección de pruebas, reserva de libros de consulta para los estudiantes del curso y demás actividades que les eran propias. Era este un pequeño capricho que añadía ocho horas semanales al tiempo que de por sí dedicaba Jim para ganar un sueldo de ciento setenta y cinco dólares al mes.

—¿Qué talante tenía hoy? —inquirió Angie—. ¿Has vuelto a preguntarle por la plaza de auxiliar?

—No estaba de humor.

—¿Quién? ¿Él o tú?

Jim disimuló la rabia que lo quemaba por dentro. Shorles había tenido una entrevista con Jim durante el encuentro de la Asociación de Historiadores celebrado el año anterior en Chicago y le había prometido una plaza de reciente creación que iba a agregarse al Departamento de Historia del que él era director en Riveroak. Con dicha perspecti-

va, Angie había solicitado y, para alborozo de ambos, conseguido un puesto de profesora adjunta en el Departamento de Inglés. Ella todavía trabajaba en su tesis doctoral en literatura inglesa, puesto que Jim iba tres años más adelantado en los estudios de postgrado cuando se conocieron en el estado de Michigan. Contando ambos con una colocación en la misma institución académica, habían pensado que tenían el futuro resuelto. Pero al llegar allí Shorles salió con la noticia de que, debido a problemas presupuestarios de última hora, Jim no podía ocupar su *plaza* hasta el segundo trimestre, como muy pronto. Mientras tanto, él tenía vacante un puesto de profesor adjunto...

Jim no había tardado ni un mes en averiguar la verdadera naturaleza del «problema presupuestario». Al igual que los departamentos de muchos colegios superiores y universidades, el personal docente de historia del Centro Universitario Riveroak componía un hervidero de intrigas en lo que a política interna se refería. Había dos facciones constituidas que se enfrentaban sistemáticamente en todo. Estando al margen de las dos, Shorles se había mantenido incólume durante años por el procedimiento de azuzar su mutua rivalidad. Pero la adición de un auxiliar en ese momento podría provocar una reorganización de las alianzas que trastocaría el equilibrio de poder. Por otra parte, el catedrático Theodore N. Jellamine, el franco y campechano vicedirector del departamento, estaba planteándose la posibilidad de retirarse la primavera próxima. Su partida supondría la promoción de los cargos inmediatamente inferiores al suyo; y, al controlar a estos, Shorles podría entonces incorporar un nuevo auxiliar a la reciente balanza de poder por él mismo diseñada.

—Lo siento, Angie —se disculpó Jim—. He tenido que asistir a esa clase y me he pasado la santa hora fingiendo interés y pensando en los perjuicios que nos ha causado; y, cuando ha sonado el timbre, no me he atrevido a hablarle

por miedo a propinarle un puñetazo cuando volviera a responderme con otra negativa.

Se produjo un momento de tenso silencio mientras el coche seguía circulando; entonces Jim, que tenía la mirada al frente, notó una suave caricia en el brazo.

—Está bien —le dijo Angie—. Si te sentías así, has obrado correctamente. Ya tendrás otra ocasión de hablarle cuando estés más sereno.

Pasaron un rato sin hablar.

—Ahí está —anunció Jim, señalando a la derecha.

2

En el diseño inicial del parque de caravanas Bellevue no se había tenido en cuenta la cuestión de la buena imagen de conjunto y ninguno de los propietarios que se habían hecho cargo de él en el transcurso de los últimos veinte años había hecho nada para mejorar la impresión de dejadez que la simple vista producía. El actual propietario, un hombre de unos cincuenta años, era tan alto y corpulento como Jim Eckert, pero la piel le colgaba ya en el alargado rostro. Los pliegues y arrugas de su cara eran tan numerosos como los que surcaban la holgada camisa de color azul de Prusia que llevaba sin remeter. Los descoloridos pantalones marrones se estrechaban con profundos frunces en la cintura bajo la presión de un delgado cinturón negro. Le olía el aliento como si acabara de comer queso rancio, un detalle este de su persona que era imposible pasar por alto en el recalentado interior de la caravana que estaba enseñando a Jim y Angie.

—Bueno —dijo, abarcando con el gesto las paredes de la vivienda móvil—, aquí la tienen. Los dejaré para que la miren tranquilamente. Pasen por la oficina cuando acaben.

Se llevó consigo la pestilencia de su aliento, dejando la puerta abierta tras de sí. Jim dirigió la mirada a Angie, pero esta estaba rozando con los dedos el desconchado barniz de la puerta de uno de los armarios de encima del fregadero.

—Está en bastante mal estado ¿no? —observó Jim.

No cabía duda de que lo estaba, como también resultaba evidente que la caravana se encontraba en la última fase de su vida como tal. El suelo se inclinaba de forma patente bajo el peso de Jim y también se hundía en el otro extremo del recinto, donde ahora se hallaba Angie. El fregadero estaba manchado y desgastado, los polvorientos cristales no encajaban bien en los marcos y las paredes eran demasiado delgadas para proporcionar un aislamiento idóneo.

—En invierno sería igual que dormir en una tienda plantada encima de la nieve —pronosticó Jim.

Se imaginó el gélido mes de enero propio del invierno de Minnesota, viviendo los dos a treinta y siete kilómetros de Riveroak, con el Gorp circulando con los neumáticos raídos y un motor exhausto. Pensó en los cursos de verano de la universidad y en el sofocante calor de julio en Minnesota, los dos sentados allí adentro con interminables exámenes por corregir. Angie no realizó, sin embargo, ningún comentario.

Estaba abriendo y cerrando la puerta del recinto de la ducha y el lavabo. O, mejor dicho, intentando cerrarla, porque al parecer el picaporte no se acoplaba bien a la jamba. Bajo la chaqueta azul sus hombros se veían escuálidos y angulosos. Quiso sugerir la renuncia a esa opción, regresar y volver a buscar en las listas de la Oficina de Alojamiento de Estudiantes un apartamento cercano a la universidad. Pero Angie no admitiría tan fácilmente la derrota. La conocía. Además, ella sabía tan bien como él que era inútil tratar de encontrar algo para vivir juntos que fuera asequible a sus bolsillos.

La triste impresión que desprendía la destartada caravana pareció filtrarse en su alma en las alas de un sombrío viento de desmoralización. Por un momento sintió una especie de desesperada añoranza por el tipo de vida que había existido en la Edad Media europea que había sido objeto de sus estudios de medievalista. Una época en que los problemas se materializaban en forma de adversarios de